



EL RETORNO DE LAS LLAVES

VOL. I

SAGA

LA GUARDIANA

Rut H. Sánchez



Lel
ENTRADA
Fantasy

El retorno de las llaves
Vol. I Saga: La Guardiana
Rut H. Sánchez

El retorno de las llaves

Vol. I Saga: La Guardiana

Rut H. Sánchez



1.ª edición: Abril 2.016

Copyright

© Rut H. Sánchez 2016

© Editorial LxL 2015

www.lxleditorial.es

ISBN: 978-84-16609-42-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447 . Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación - Rachel's Design

AGRADECIMIENTOS

Después de soñar durante años con este momento, por fin ha llegado y casi no logro creérmelo, casi... ¿Y quién será a la primera persona que se lo agradezca? Es a ti. Sí, sí, a ti que estás leyendo esto. No, no pongas esa cara porque sino fuera por ti, este sueño no se hubiera convertido en realidad.

No podría olvidarme jamás de mis primeros conejillos de indias, que desde el principio han creído en mí y me han dado algún consejo, siendo críticas cuando debían. Débora y Jenny, mi hermana mayor y mi sobrina. Sin olvidarme del tercer conejillo que desde el principio, hace ya muchos años, allí estuvo. Carmen.

No pienso olvidarme de ese hermoso grupo de locas, muchas desconocidas al principio para mi, ahora como parte de la family, Belén, Meme (mi editora), Angy, Cherry, Eli, Merche... y tod@s y cada un@ que me animáis a seguir soñando.

Sin dejarme a la pequeña gran editorial LXL, que me ha dado esta fantástica oportunidad.

Hay una loca a la que le hago mención especial y es a ti Carolina Galobardas, por meterte en algo que ni te iba ni venía, al creer que no había sido justo. Muchas gracias por meterte.

Y dejo para el final a mis tres hombres. A mi marido, que con los años ha entendido que un sueño se cumple cuando lo peleas. Ahora apoyándome y dándome tiempo cuando me ve escribir. Y a mis dos inspiraciones, mis hombrécitos, mi Joel y mi Jan, que viven todo esto como si de una gran aventura se tratara.

Mama, los pajaritos han echado a volar...

Prólogo

Desde que recuerdo, mi abuela siempre ha sido fantástica, todo lo que una nieta pudiera desear, pero a mi padre no le hacía demasiada gracia que mi hermano y yo pasáramos todos los veranos con ella. A pesar de su reticencia, les resultaba imposible no hacerlo ya que tanto mi madre como él debían trabajar todo el verano y no les gustaba que también permaneciéramos en el centro donde estudiábamos y vivíamos, durante el verano. Todos los veranos, y ya van diecisiete para mí y trece para mi hermano, mi padre nos decía, antes de llegar a casa de mi abuela, que no debíamos hacer caso a las cosas extrañas que nos pudiera explicar, pero era demasiado difícil no hacerlo.

Es verano y volvemos a estar en su casa, pero esta vez sería muy diferente ya que esta vez su sonrisa no nos recibió, ni aquellos ojos, que a pesar de su edad tenían un brillo muy especial. Ella siempre decía que mis ojos eran iguales pero dudo mucho que ahora se parezcan en algo, ya que los míos están llenos de lágrimas porque no la volvería a ver. Había muerto justo el día de antes que tocaba venir a “pasar el verano” y a pesar de lo mucho que insistió mi padre para que no viniéramos al entierro, ni mi hermano ni yo, ninguno de los dos admitimos esa posibilidad. No podían impedirnos que la viéramos por última vez.

Mientras esperamos en el salón y miro por la ventana, a través de aquellas cortinas de flores azules y grandes hojas verdes, miro hacia el cielo, un cielo que jamás había visto sobre la casa de mi abuela, estaba lleno de nubes de un gris intenso, de esos que anuncian lluvia inminente. Creo que hasta el cielo se ha dado cuenta que hoy es un día triste. Hasta las flores del jardín estaban mustias, cuando eso no había pasado jamás.

—Ya podemos marcharnos al tanatorio —dijo mi padre. Sus ojos dejaban ver pena, a pesar de que no quería que nadie se diera cuenta.

—Papa, será mejor que coja el viejo coche de la abuela, —le dije y en ese momento se giró hacia mí e intentó decirme algo, pero antes de que lo hiciera proseguí —lo digo por si Joel se cansa o no se siente bien, podría traerlo de vuelta a casa de la abuela.

Hubo unos segundos de silencio que a mí, y por la cara que ponía mi hermano, para él también fueron eternos. Al final mi padre movió la cabeza de manera afirmativa y fui a buscar las llaves, que se encontraban al lado de la puerta de entrada. Abrí el cajón y cogí las llaves o mejor dicho, la llave, porque mi abuela solo tenía una llave ya que nunca cerraba la casa. Increíble, porque en la ciudad no se puede hacer, ni siquiera en el centro escolar donde vivimos.

—Joel, vamos al coche de la abuela que hay que comprobar si funciona —le dije a mi hermano mientras me giraba hacia mis padres para decirles que esperaran a que arrancara el coche, por si no lo conseguía. Y sin esperar su respuesta, salí y Joel tras de mí.

Por suerte, el coche arrancó a la primera y nos pusimos en camino hacia el tanatorio, detrás del coche de mis padres. Sabía que debía tener mucho cuidado puesto que aún no tenía el carné de conducir, solo me quedaba presentarme al examen práctico, puesto que aún no tenía la edad legal para hacerlo. Aunque estaba sorprendida de que mis padres me hubieran dejado.

El coche aún olía a ella a pesar de no usarlo desde hacía mucho tiempo. Era difícil olvidar aquel olor, ya que te transportaba en medio de un bosque con flores por todas partes y los rayos del sol colándose entre las ramas de los árboles reflejándose en las gotas del rocío, haciendo que brillasen como pequeños diamantes, y esos mismos rayos transportando su calor hasta lo más profundo de uno mismo.

Al llegar al tanatorio vi un montón de coches aparcados y siendo un pueblo tan pequeño como era, supuse que todos venían por mi abuela, y así era. Nos bajamos del viejo y destartalado coche y nos dirigimos hacia la entrada, donde comenzó a acercárenos gente a la que yo no había visto

nunca, comencé a sentirme algo agobiada. De repente noté una presión en la mano y al mirar, vi que Joel me sujetaba con fuerza y en sus ojos pude ver desconcierto ante tanta gente. Me sorprendí, pues pocas cosas le provocaban aquel estado.

—Joel, ¿te sientes bien? —Le pregunté mientras le rodeaba el hombro con mi brazo pegándolo a mí para que se tranquilizara.

—No me gusta que toda esta gente se acerque, no los conozco y todos van de negro. Me traen malos recuerdos —me dijo visiblemente angustiado por la situación que estaba viviendo.

—No tienes que sentirte mal, son personas que lamentan que la abuela Elan ya no esté entre nosotros, y la manera de decirnos que ellos también están tristes es intentando consolarnos. —Le digo para que se sienta algo mejor, y continuamos caminando ya que se había parado en seco y no quería continuar.

—Sigo sin entender por qué todo el mundo va de negro menos tú y yo, incluso papá y mamá van de negro. —Repitió asombrado por el color de las ropas—. A la abuela no le gustaba el color negro, siempre nos decía que el negro hacía desaparecer la sonrisa de nuestra cara y nuestra alma, y eso no debíamos permitirlo jamás, pasara lo que pasara, lo sabes muy bien.

—Eso lo sabemos tú y yo, pero para el resto de la gente es normal vestir así. —Le dije de manera que lo entendiera—. Si no te gusta, no les prestes atención. Si quieres vamos a ver a la abuela sin parar a hablar con nadie.

—Como está muerta, ¿crees que tendrá la cara como la de los zombis? —dijo con aquella cara de inocencia que solía poner cuando hacía preguntas fuera de lo común.

—No —le contesté intentando evitar reírme, pero sin llegar a conseguirlo del todo ya que no pude evitar que una leve sonrisa se posara en la comisura de mis labios.

Al verme sonreír, comenzó a relajarse y a aflojar su mano de la mía hasta llegar a una leve caricia. Sin parar a hablar con nadie, nos dirigimos a la habitación donde se en-

contraba la abuela, dejando atrás a mis padres que no nos dijeron nada al ver lo que le había pasado a Joel. Al entrar en la sala donde estaba el ataúd me invadió una sensación que no logré describir, no sé si era pena, paz, angustia, agobio o una mezcla de todas ellas. Al verla a través del cristal, allí estirada e inmóvil y con la piel blanca como la tiza, me sentí muy mal, ni siquiera el maquillaje que suelen poner le daba a su piel aquel tono bronce, con la mejillas sonrosadas, que ella solía tener. Pero al mismo tiempo comencé a sentirme relajada al ver que de la comisura de sus labios no se había evaporado, su preciosa sonrisa. En aquel momento me arrepentí de no haber hecho la cantidad de cosas divertidas que ella nos pedía que hiciéramos cuando estábamos en su casa durante el verano, mi maldita cabeza cuadrada solo me permitía hacer cosas que tuvieran “sentido común”. Al girarme para ver a Joel, vi como sus ojos estaban llenos de lágrimas y él se esforzaba porque ninguna resbalase por aquella carita de porcelana.

—Joel, si tienes ganas de llorar será mejor que lo hagas y saques el dolor que sientes. —Le dije para que todo aquel dolor que podía ver no se quedara dentro de él.

—Es que no puedo hacerlo —me contestó, apretando los dientes para no sucumbir al deseo de llorar.

—¿Y eso por qué? —Le pregunté extrañada

—Porque si comienzo a llorar, la gente vendrá a consolarme y no quiero que lo hagan, y menos papá y mamá que en todo el rato que llevamos aquí no han venido a ver a la abuela. Lo de papá puedo llegar a entenderlo pero no lo de mamá, era como ella, como nosotros, ¿por qué no está aquí? —Con esas últimas palabras era evidente la rabia que estaba sintiendo. Para él, la abuela Elan era una persona especial, tenían una conexión que yo no lograba tener a pesar de todo.

—Si quieres, cogemos y nos volvemos a casa de la abuela para llorar todo lo que quieras, ella sabía perfectamente que la queríamos...

—Y queremos. — Me interrumpió.

—Y queremos, y querremos toda la vida, no es necesario que estemos aquí —le dije, y acto seguido me agarró de la mano para conducirme hacia la salida.

Al salir por la puerta del edificio nos encontramos con nuestros padres que aún no habían logrado entrar, nos miraron desconcertados al vernos salir.

—¿Se puede saber dónde vais? —Nos preguntó mi madre tan floja que apenas podíamos oírla. El tono de su voz denotaba disgusto.

—Joel no se encuentra bien y he pensado que sería mejor llevarlo a casa —mientras decía esto le daba un pisotón a mi hermano para que cambiara la cara. —Por suerte lo hizo justo en el momento en el que ella lo miró.

—Mi niño, ¿estás bien? —Le preguntó cambiándole la cara y comenzando a preocuparse.

—No, me duele mucho la cabeza y tengo ganas de vomitar —le contestó Joel. Otra cosa no, pero para inventarse excusas y hacer que fueran creíbles, era un genio.

Mi madre le dio un beso en la frente, se volvió hacia mí y me dio otro en la mejilla.

—Natalia, cuida de Joel y cuando lleguéis a casa de la abuela mírale la temperatura, y sobre todo no le dejes comer chucherías —y cuando nos íbamos hacia el coche me cogió la mano— ten muchísimo cuidado con el coche —me dio otro beso en la mejilla y nos dejó marchar.

Ya en el coche y de camino a casa de la abuela, Joel comenzó a llorar de manera silenciosa, no logré oír un solo sollozo, lo único que podía ver era cómo unas lágrimas enormes brotaban de sus ojos constantemente, no lograba controlar que le resbalaran por sus dulces mejillas, era evidente que intentaba controlarlo pero le resultó realmente difícil, casi imposible.

Durante todo el camino llovió sin parar, era como si las nubes llorasen desconsoladamente, y sin saber cómo, al pasar con el coche por los pilares de la entrada del camino que conducía a casa de Elan, desaparecieron las nubes. Habían permanecido allí durante dos días, se habían aposentado encima de la casa y parecía que no se irían jamás, pe-

ro comenzaron a desaparecer dejando ver cada vez más un sol especialmente brillante. Y como si no hubieran comenzado a marchitarse, las flores del camino volvieron a estar tan hermosas como siempre, si no lo hubiera visto con mis ojos no lo hubiera creído (aunque ya debía estar acostumbrada). Aparqué el coche y al bajarnos de él ambos nos dirigimos hacia la mecedora colgada que había en el porche de la entrada. Allí sentada junto a mi hermano comencé a recordar todo lo vivido con Elan el verano anterior y que cambió por completo el rumbo de nuestras vidas.

Capítulo I

Recuerdo perfectamente aquel día realmente caluroso. Mi hermano y yo ya llevábamos unos días en casa de mi abuela Elan. La casa se encontraba a las afueras del pequeño pueblo de Aniany, situado en la comarca de Pla de Mallorca, donde el mayor encanto que le encontraba eran sus hermosos molinos. Estaba totalmente aislada. A la derecha de esta se podía ver un gran campo donde algunas veces había maíz, otras veces girasoles, pero aquel verano era como una gran alfombra verde que cambiaba de tonalidad cuando el viento la mecía suavemente, mientras los rayos de sol se posaban en él. En el lado izquierdo había un bosque de tal espesura que con solo mirarlo se me ponía la piel de gallina, estaba lleno de grandes árboles deformados con abundantes ramas que se retorcían y entrelazaban entre ellas impidiendo la entrada de los rayos del sol, de él se desprendía un intenso olor a humedad. Por la noche, el bosque aún era más siniestro, desde la casa se podía oír todo tipo de ruidos, a los animales nocturnos que se movían con sigilo para buscar comida, a veces podía ver el brillo rojo de sus ojos y tenía la sensación de que me estaban mirando, eso me ponía los pelos de punta, el viento que mecía las ramas de los árboles haciéndolas chocar entre si produciendo un ruido sordo y un estrepitoso crujir al romperse.

La vista de la entrada a la finca era totalmente diferente a la del bosque, en ella se levantaban dos grandes columnas de piedra y encima de cada una de ellas reposaba un hada con grandes alas de cristal o al menos así lo parecían. De los pilares salían unos muros no más altos de medio metro, de piedra blanca, en direcciones opuestas. El camino que conducía hacia la casa estaba cubierto de pequeñas piedras de colores que al contacto con la luz del sol brillaban pero no hasta el punto de cegar, y a cada lado del camino gran cantidad de flores silvestres.

En la parte trasera, Elan había colocado una piscina, columpios y otras cosas para que estuviéramos distraídos ya que no solía ir demasiado al pueblo. En un rincón del patio trasero había una pequeña casita de madera descolorida y bastante destartada pero a pesar de la vista que ofrecía en la actualidad, podía verse que había sido muy bonita. No sabía por qué pero durante todo el verano había llamado mi atención, suponía que sería porque no pegaba para nada con mi abuela. Todas sus cosas parecían tener algo especial pero aquella caseta parecía haber muerto, no sé por qué pero fue aquel verano cuando me di cuenta.

Aquella tarde me planté delante de la caseta como si algo me arrastrase hasta ella.

—Abuela, Elan —chillé para hacerla venir.

—¿Qué pasa?, ¿estáis bien? —Preguntó sofocada ya que había corrido hacia mí, preocupada al oírme chillar su nombre.

—No, tranquila, no pasa nada —le contesté para que se tranquilizara y comenzara a respirar con menor dificultad —es que me gustaría saber qué es lo que hay allí dentro, —mi brazo señaló en dirección a la caseta sin apartar los ojos de mi abuela— no sé por qué pero nunca había llamado mi atención hasta hoy.

La cara de Elan cambió, palideció en un segundo y al segundo siguiente volvió a recobrar su color, esbozando al mismo tiempo una leve sonrisa.

—No hay nada interesante, solo trastos viejos y recuerdo olvidados —sin decir ni una sola palabra más, dio media vuelta y se marchó. Me sorprendió mucho su actitud, no se parecía nada a ella y creí que era mejor no preguntarle nada más.

Como todas las noches, cenamos en el pequeño salón, en aquella pequeña mesa redonda en la que nunca faltaban flores, los platos desparejados de colores excesivamente vivos para mi gusto, lo único en lo que se parecían era en que todos tenían el dibujo de una llave en el centro. El dibujo de la llave era idéntico a la que la abuela llevaba colgada al cuello, una llave que brillaba como una estrella y

al igual que esta, si te la quedabas mirando iba cambiando de color.

Cuando acabamos la cena, la abuela se nos quedó mirando con su cara de siempre, no se parecía en nada a la que había visto aquella tarde.

—Vamos al porche, allí nos tomaremos el postre. Hay algo que me gustaría explicaros —su voz sonó tan dulce que fue imposible decirle que no.

—¿Que es abuela? —Joel no pudo evitar su enorme curiosidad, era algo que no podía remediar por mucho que se esforzara. —¿Nos has comprado algo?

—No mi niño, lo que os quiero explicar es mucho mejor que cualquier cosa que os pudiera comprar —le contestó mientras íbamos hacia el porche con el postre en las manos. Sabía perfectamente lo mucho que le gustaban a Joel los regalos.

—Abuela, si no te importa, me gustaría ir a mi habitación, quiero conectarme un rato para hablar con mis amigas —intenté ser lo más persuasiva posible aunque ella lo hacía mucho mejor. No me apetecía estar otra noche sin poder hablar con mis amigas.

—¿Estás segura que es con tus amigas con las que quieres conversar? —Su pregunta me resultó realmente sospechosa, y aún más cuando soltó una leve sonrisa.

—¿A qué te refieres? —Intenté sonar como si no supiera a qué se refería. Aunque me imaginaba por donde iban los tiros y me daba miedo tener razón, ¿qué le contestaría entonces?

—Me refiero a aquel chico que mencionaste el verano pasado.

—¡ABUELA! —No pude controlar los nervios, había acertado sobre lo que estaba pensando y la verdad es que no se equivocaba.

—Otra noche no me importará que “hables” con quién quieras pero es muy importante para mí que esta noche estés con nosotros y escuches con atención lo que os quiero decir. —Por la cara que puso mi abuela, me resultó totalmente imposible negarme.

—Está bien abuela, si es tan importante para ti me quedaré con vosotros, pero no te prometo total concentración —su leve sonrisa confirmó su conformidad con mi aviso.

Al llegar al pequeño porche de la entrada, Joel y mi abuela se sentaron en la mecedora mientras yo me acomodaba en el suelo de madera, delante de ellos. En aquel momento comenzó a hablar, desvaneciendo de sus labios la sonrisa que siempre había.

—Sé que el día de mi marcha está próximo.

—¿Dónde te vas abuela? —Le preguntó Joel mirándola con aquellos ojos que dejaban ver la inocencia que poseía.

—No seas tonto Joel, la abuela no se refiere a irse de viaje, si no al día en el que ella muera —y antes de que siguiera replicándole, la abuela me interrumpió.

—¡Natalia! No hace falta que seas tan explícita, hay maneras mucho más suaves de explicárselo, la sinceridad no es siempre una virtud, debes tener cuidado —me dijo especialmente sería mientras se giraba para mirar a mi hermano. En ese momento me di cuenta que me había pasado tres kilómetros y vi como la cara de Joel pasaba de la felicidad más absoluta a la preocupación, así que, lo único que pude hacer fue alargar mis brazos hacia él para abrazarlo y de esta manera intentar que me perdonara por mi absoluta estupidez. En menos de un segundo lo tenía encima de mí abrazándome con fuerza y volviendo a sonreír. Al instante ella nos miró esbozando una gran sonrisa, sabía que no era mi intención hacerle daño.

Joel me miro muy serio girándose después hacia la abuela preguntándole:

—Para eso todavía falta mucho, ¿verdad abuela?

—Estoy segura de que así es, pero tú no debes preocuparte de nada —le contestó mirándome de reojo, jamás la había visto mirarme de aquella manera, con tanta tristeza en sus ojos, y eso me hizo pensar que no estaba diciendo del todo la verdad. —El día que eso suceda no deberás estar triste ya que debes pensar que de esta manera regresaré al punto de partida.